



Rafa Millán (Madrid, 1976), a quien conozco bien, escritor, psicólogo, filósofo, creador del canal de Youtube *Psicología y espiritualidad* y padre de cinco hijos, se atreve en *Cómo ser sufí y morir en el intento* (editorial Guante Blanco, 2020) a poner en juego, mientras escribe, su propio corazón. Puede que el tono general del libro, cargado de humor, despiste a ratos al lector sobre este asunto, pero una mirada no superficial enseguida lo captará: hay obras que palpitan al ritmo de sus autores y también al ritmo de lo que no se puede nombrar, y esta es, sin duda, una de ellas.

Lo primero en que el lector posa su mirada es en la cubierta y el título. Un grupo de derviches giran al unísono y el giróvago del centro porta semioculta una calavera en su faldón. La danza sagrada se une así a la muerte. Parece que el sufí, sí o sí, ha de perecer. El título nos reclama atención no solo por estar ligado a una expresión que se ha convertido en frase hecha, sino por darle un giro a la misma (normalmente la segunda parte de la proposición señala la preservación de la vida), tachando, a la vez, para que al lector le quede claro, el “no” previo al morir.

El sufí debe, por tanto, para serlo, abrazar la muerte. El profeta Muhammad ya se lo recomendó a los suyos: “Morid antes de morir”. Pero no es esta una muerte azarosa, un morir sin sentido, sino justo lo contrario: dejar que fenezca metafóricamente todo lo que sobra en nosotros para poder tener una vida verdadera; convertirse en, como dice Rafa, un cero, pero no a la izquierda, sino a la derecha.

Tras la dedicatoria (“A Maulana Sheij”, protagonista del libro, centro de una *tariqa* o cofradía sufí), el lector se enfrenta al índice de contenido como un organizador del mismo chispeante, divertido, incitador sin duda a la lectura. Con epígrafes tan sugerentes como “El sufismo es una rosa es”, “La increíble fagocitación de vasos” o “Ayunar: mejor que un ron con limón”, se vuelve imposible no continuar, convertida cada palabra en una imagen, y cada imagen en una puerta de entrada a un universo fascinante; a la vez moderno y atemporal.

A partir de ahí, el texto se divide en siete capítulos, más un epílogo de corte confesional. El centro físico del mismo (las páginas 83 y 84, de un total de 168) constituye también su centro metafísico: el relato vibrante que hace Rafa de su primer encuentro con el maestro sufí Maulana sheij Nazim.



Hasta ahí, el escritor ha manifestado la imposibilidad de explicar bien el sufismo a pesar de la etimología, ha roto, con amor y con humor, la cabeza llena de prejuicios hacia el islam del lector medio occidental y moderno, presentándolo (desde la traducción misma de la palabra) como “armonización con la realidad”, y ha hablado del árabe como una lengua mandálica que alude y elude y del Corán como un texto-espejo, mal traducido por los arabistas, lejos de ser comprendido por el lector que se acerca sin una experiencia personal de la unidad.

Al final del capítulo 1, sin embargo, el escritor deja a un lado, por unas páginas, el género ensayístico (empleado fundamentalmente como mopa) y adopta el autobiográfico o confesional (si se me permite la palabra, más usada en el ámbito del cristianismo): nos lleva de la mano directamente a un pueblo de la zona turca de Chipre (Lefke), donde él mismo llegó un buen día, decidido a conocer al que decían era un maestro y santo excepcional, Maulana sheij Nazim.

Para presentar al maestro ya no sirve el género ensayístico, porque del maestro no puede decirse nada, pero sí se lo puede saborear, más allá de todo pensamiento o palabra. Y porque es esa vida, disuelta en la presencia divina, revivificadora de lo real, excepcional pero a la vez experimentable, palpable, al alcance de todo el que quisiera viajar en avión a una pequeña isla del Mediterráneo, la única capaz de hablar, sin hablar, por sí misma, del sufismo. El texto coge entonces una fuerza inusitada, embriaga al lector, lo conduce a otro tiempo, a otro espacio, a otro estado del alma: *“La casa de Maulana”* escribe Millán, *“es la puerta de otra dimensión, el stargate, un espacio místico y sagrado que, como su corazón, permanecía siempre abierto”* (p. 52).

La pluma de nuestro autor (o su teclado, cada sílaba, cada letra) se llena entonces de *barakah* (o bendición), y las páginas siguientes (las del capítulo 2) evocan perfumes de otro mundo, milagros constantes casi imperceptibles, espacios que se ensanchan, sanaciones espontáneas, experiencias extáticas, y una vida, la del maestro, entregada día a día a la oración, el amor y el servicio. Aquí solo puede quedar anunciada, vagamente, la belleza de ese pasaje. Te invito a leerla por ti mismo/a. Y en el centro del centro los ojos de un anciano con barba y turbante mirando a nuestro autor y cambiando, con su amor, el rumbo de toda su vida: *“Nunca jamás en mi vida nadie me ha mirado así”* (p. 85).

En el capítulo 3, Rafa desarrolla, sin dejar su estilo cercano y divertido, una explicación brillantísima del sentido de los pilares del islam, limpiándonos de nuevo de prejuicios y usos casposos y devolviendo las prácticas a lo que son: el salat (que se suele traducir como oración) es un cambio de estado, que sigue además (poniéndose en armonía con) el ritmo diario del sol; el ayuno, una posibilidad de desautomatizar la vida para sanar el cuerpo, centrar la atención y ser más de verdad; el zakat es la ecuación que iguala el recibir y el dar; el testimonio de fe, el reconocimiento de la no-dualidad radical de lo real (*La ilaha ila Allah*) y la cualidad de mensajeros de sus profetas (*Muhammad rasululLah*); y la peregrinación a La Meca (a lo que el libro dedica el capítulo 4), la posibilidad de poner en el centro lo que lo merece (un cubo vacío, lo divino, el misterio), y de hallar una dirección (y, por tanto, el sentido de la vida).

El capítulo 5 habla del corazón, órgano de conocimiento del sufí (por eso se le llama al sufismo “el camino del corazón”), capaz de acoger a la razón cuando esta se desborda, y de llevar al alma hacia lo

transracional. Y el capítulo 6 está dedicado a la psicología sufí, presentando el *shirk*, o la idolatría, como el único pecado en el islam, y también como el origen de toda neurosis, que solo llega cuando confundimos la parte por el todo y nos dejamos encerrar por la práctica cotidiana de la sinécdoque.

En realidad, el libro entero, bien mirado, desde lo estilístico hasta lo más hondo de su contenido, no es sino una destrucción continua de ídolos: ¿Que imaginas a un sufí escribiendo poemas elevadísimos mientras alguien toca el ney a su lado? Rafa te dará un estilo actual, moderno, y cargado de un humor a veces ácido, sin perder, sin embargo, ni un ápice de profundidad. ¿Que crees que sabes perfectamente qué es el Islam, para bien o para mal? Rafa desnudará cada palabra hasta que entiendas que nada era como habías pensado. ¿Que buscas en el autor una voz de autoridad que hable desde unas convicciones inquebrantables? El escritor no dudará en sincerarse contigo y mostrarte, desnudo, también sus dudas. Es lo que hay, porque para Rafa Millán el islam, lejos de ser una religión, no es más que la práctica continuada de la sinceridad y el intento de armonizarse, poco a poco, con lo real.

Al final del capítulo 5 el autor se atreve a proponer ejercicios breves de *dikr* (que significa recuerdo y también recitación, o recuerdo a través de la recitación), dejando así el lector a las puertas del saboreo del verdadero sufismo, que solo puede ser, insiste continuamente, experiencial.

El grueso del libro acaba aquí, pero el epílogo, anunciado como “Capítulo final”, no tiene ningún desperdicio. Si el sufí, ya lo anunciaba el título, ha de morir en el intento para serlo (convertirse en un cero, disolverse en la divinidad), el escritor lanzado a narrar algo tan bello no puede sino morir también un poco en el camino. Él mismo lo anuncia: “Escribir esta obrita (...) ha acabado siendo una auténtica vía purgativa” (163). Y con una honestidad que estremece nos anuncia sus conclusiones, reconociendo que *“lo único cierto es que el que empezó a escribir este libro no es el mismo que el que lo acabó”* (p.163).

Si el proceso de escritura ha sido, por tanto, transformador para el autor (una especie de muerte metafórica), que nadie espere salir indemne de su lectura. Eso puedo asegurártelo: Morirás en el intento.



Mardía Herrero: escritora y profesora; doctora en Literatura y Máster en Ciencias de las Religiones, licenciada en Historia y en Filología Hispánica. Autora de "Peregrina" (Fragmenta) , "Cómo santa Teresa me acompañó al sufismo" (Fragmenta) "39 semanas y media, un embarazo sufí" (Mándala), y "El paraíso de los escritores ebrios" (Amargord) Cocreadora junto a Rafa Millán del canal de Youtube "Psicología y espiritualidad". Madre de 5 hijos.